

Dos mujeres, dos perspectivas.

Autor: Johari Gautier Carmona

1er Premio Convocatoria de los 8 Objetivos del Milenio (convocado por la Asociación Letras Comprometidas).

Cuando mi madre llegó a nuestra casa por primera vez, uno de sus comentarios inaugurales, crítico y polémico, no fue para nuestro piso, ni para la ciudad o el mobiliario, ni nada de las miles de cosas que pueden llamar la atención en una ciudad tan dinámica y cambiante como Barcelona. No. Fue totalmente distinto.

Ella entró en mi cuarto con ese paso indagador que la caracteriza, silencioso y prudente, miró la habitación y vio todas las camisas sin planchar, acumuladas en un rincón.

—¿Tú no planchas las camisas de tu marido?

La miré con algo de sorpresa, desconcertada por el tono mordaz y reprobador de la pregunta. Observé la pila descuidada y multicolor de camisas arrugadas, y esboqué una sonrisa irónica,

—No, mamita —contesté yo—. Él es bastante grande para planchárselas todas.

Mi mamá abrió los ojos con alarma, sacudida por mi indiferencia. Estaba avergonzada por esa muestra de independencia, turbada por mi frialdad e indignada porque ella había hecho lo posible para transmitirnos otros valores.

—¿Le preparas la comida por lo menos?

—De vez en cuando.

—¿Le lavas la ropa?

—No.

—¿De verdad? —expresó ella—. Entonces, cualquier día de estos, te dejaré plantada, mujer, y se irá con una que le planche la ropita, que le prepare la comidita y que sepa mimarle, como hace una mujer de verdad —mi mamá suspiró prolongadamente, como si hubiese comprobado que todos sus esfuerzos de educación no habían servido—. Una esposa ha de ser complaciente, hija. Ha de velar por los intereses de su marido, cuidarle como si fuera un niño, para que esté contento y así guardarlo en casa. ¿Me has oído? —me miró insistentemente con unos ojos regañones y traté de restar importancia a este tema con una sonrisa inocente—. Mira que tu marido Karl vale la pena, nena. Es un buen hombre, trabajador y atento. No quiero imaginarme qué es lo que harás si te llega a dejar. Consíentelo, nena.

El discurso anticuado de mi mamá acabó molestándome, por no decir irritándome, porque muchos habían sido los años sin ver a mi madre y porque me costaba comprender sus ideas anticuadas, incompatibles con el mundo en el que vivo y con las experiencias que tuve. Sus palabras estaban tachadas de una inaceptable y agravante sumisión sexista. ¿Por qué debería ser yo la que plancha la ropa de mi marido, la que le escoge su ropa y prepara el desayuno por las mañanas, que le saca los calzoncillos y la camisa, para que pueda llegar a la hora al trabajo? ¿Por qué debería reforzar su papel de hombre omnipotente? ¿Acaso he de estar pendiente de todos los detallitos del hogar y él, el macho, sólo ha de preocuparse de las grandes cuestiones estratégicas? ¿No debería él también tener el mismo derecho a planchar mis braguitas, a administrar y controlar las tareas domésticas, querer y limpiar a su hijo, si es que llegamos a tener uno, e implicarse en todos los aspectos de la vida en casa?

Mi concepto de la vida conyugal es muy distinto del de mis padres y de mucha gente de mi país. Creo muy sinceramente que el día a día ha de construirse sobre unas bases igualitarias y que el amor se preserve con un justo reparto de las tareas domésticas. Este reparto debe empezar en la cocina o con las compras del fin de semana y ha de adaptarse a las circunstancias del matrimonio. La comprensión y la colaboración han de ser

los pilares de una relación y no unas estrictas y pesadas tradiciones, legadas de un pasado lejano y desfasado.

Contesté a mi madre con todo el respeto que ella se merece para evitar de herir sus intenciones de madre perfeccionista y cuidadosa, pero aún así, mi respuesta chocaba demasiado con sus principios.

—Mi marido, Karl —expliqué yo sentándome en el sofá del salón porque anticipaba un debate extenso—, es bastante mayor para asearse y organizar sus cosas. Me opongo estrictamente a plancharle la ropa y estar pendiente de cada cosa que haga porque terminará acomodándose y considerando que es lo normal, que he de servirle mansamente como si mi única preocupación en esta vida fuera el color de los calcetines que lleva puestos o la comida que ha de ingerir para trabajar más y traer más dinero a casa —me detuve un segundo y pude contemplar su grave aire de indignación—. Entiendo que tengamos que estar cerca el uno del otro y que deba cuidarle, pero no quiero que nuestra relación se vicie por un injusto reparto de las tareas. No quiero encadenarme en una relación en la que no tenga el mismo derecho que mi marido a disfrutar, hablar y decidir.

Mi madre alzó las manos al cielo, las dejó caer sobre su cabeza con una mueca de profunda desolación y luego meneó enérgicamente su rostro rígido para expresar su oposición. La miré con diversión, contemplando sus mímicas histriónicas, porque sabía que nuestras posturas eran irreconciliables y escuché su última intervención. Sí. Sorprendentemente, ella fue la que no quiso alargar este debate infructuoso y dañino.

—Ay, mi hija —se lamentó ella con un leve temblor en la voz—, estás perdida. Como sigas así, acabarás soltera. No creo que Karl aguante mucho tiempo tus caprichos.

Mi mamá había llegado de Colombia, el país en el que creció y donde sigue viviendo con el resto de mi familia. No pudo esconder su consternación ante los enormes cambios que Europa ofrece y la modernidad de un país desarrollado como España, pero tampoco pudo contener su ofuscamiento con las conductas irrespetuosas de ciertos ciudadanos. Le impresionó la manera

informal de vestir de la gente y sobretodo, las relaciones más conflictivas entre hombres y mujeres (quizás porque más igualitarias también). Se avergonzó al ver que mi marido fregaba los platos en la cocina y corriendo fue hacia él para retirarle el delantal.

—Karl, no hagas eso —clamó ella con indignación—. No debes hacer esto en tu propia casa. Déjame a mí que fregaré los platos.

—No, suegra —trató de oponerse mi marido con su acento austriaco—. Yo lo puedo hacer. No te preocupes. De verdad. Tengo *mucho* experiencia en fregar platos. Lo hago casi todo *las* días.

—¿Cómo? —se exaltó mi madre. La revelación de mi marido no le cayó muy bien y confirmó sus temores—. Mi hija Valentina te deja fregar los platos, pero yo no. Ya lo hago yo, Karl. Por favor, retírate de la cocina.

Presencí toda la escena pero preferí no intervenir. No pude. Me divertía tanto ver a mi madre, tan embarazada y encolerizada, tratando de establecer el mismo equilibrio que regula su cotidianidad, allá en Colombia. Me pareció interesante ese antagonismo en las cuestiones relacionales, en las filosofías y las culturas, y la sorprendente culpa de mi madre. Ella, mientras fregaba los platos, se giró lentamente y me dirigió una mirada punzante y aleccionadora. Leí en sus ojos su evidente intranquilidad por el modo en que llevábamos, Karl y yo, nuestra relación. Noté su dura recriminación, silenciosa y penetrante, porque ella no me había educado para comportarme de esta manera, pero traté de ignorarla, de olvidarla, me di la vuelta y seguí con mis quehaceres como si de nada. Estaba claro que yo no iba a cambiar mi forma de actuar, desde el principio las bases de mi matrimonio con Karl habían sido claras: las tareas domésticas se repartían entre los dos, nada podía ser predeterminado por el sexo, salvo casos muy particulares y Karl accedió abiertamente, es más, fomentó esa equidad, porque sus valores tolerantes y humanistas comulgaban totalmente con ella.

Seguí organizando mi ropa en la habitación y dejé a Karl en la cocina, devorado por la culpabilidad de verse sin trabajo. Era muy claro que mi mamá no le iba a dejar fregar los platos o volver a entrar en la cocina.

—No, muchacho —manifestó ella rotundamente, dirigiéndose a mi marido con una mirada indoblegable—, usted puede irse al salón a ver la telé o tomarse un refresco pero le prohíbo que se quede más tiempo en la cocina.

Poco después de recibir la severa advertencia de mi madre, alcancé a escuchar una conversación entre mis padres. Era ya de noche y ambos aprovechaban de la tranquilidad del cuarto y del amparo de las sábanas para intercambiar sus impresiones sobre un día interminable, extenuante y rico en imprevistos. Aproximé mi oreja a la puerta y enseguida me animó la voz inquieta y desorientada de mi madre.

—No entiendo por qué Valentina —dijo ella—, no cuida a su marido. Le deja hacer absolutamente todo: barrer, fregar los platos, planchar, la ropa, cocinar. Todo —se interrumpió unos segundos, seguramente para propiciar una intervención de mi padre, y yo me asusté. Pensé que había detectado mi presencia—. Se lo he dicho. Si sigue así, puede que pierda al marido y que se quede sola como un champiñón. De momento le ha durado la relación porque el muchacho es tranquilo, tiene buenos sentimientos y la quiere, pero en cuanto se dé cuenta que ella se está aprovechando de la situación, la dejará tirada.

Mi madre se calló y un intenso silencio largo y crispante invadió el cuarto. Sentí mi respiración acelerada y mis pulmones alocados, detrás de la puerta y la idea de verme descubierta me zarandeó de repente. Mi padre no había respondido y tampoco daba señas de querer hacerlo, como buen macho que es, porque finalmente es el rey del mambo en su casa.

—¿No tienes nada que decir? —pronunció mi madre con estupor.

—¿Qué quieres que diga? —respondió mi padre gravemente.

—Es tu hija...

—También es tu hija —repuso él.

—Debemos hacer algo, ¿no? —insistió ella—. Puede que nuestra hija acabe siendo una solterona.

—Si es así, lo habrá querido ella, porque...

—No puedes hablar así —siguió mi mamá queriendo realmente provocar una reacción inmediata.

Mi padre resolló sonoramente, cambió de postura en la cama (porque alcancé a oír el chirriante gemido de la litera) y terminó lamentándose con una queja de impotencia.

—La culpa la tiene nuestro yerno —manifestó él por fin—. Ya te dije cuando vino a vernos en Colombia que Karl parecía un marica. Le falta carácter para poner orden en su casa. Un hombre de verdad no puede ir con tanta sensiblería, no puede estar hablando de sentimientos y de ropa —se detuvo unos instantes, respiró y enseguida reanudó con una renovada determinación—. Esa vez que vino a vernos, ¿recuerdas? Era poco antes de casarse, ya veía yo que el muchacho hablaba con palabras demasiado finas, como un verdadero homosexual, alegando que había que repartir las tareas dentro de la casa, que todos los humanos nacíamos con los mismos derechos y que tampoco había que abusar de los servicios de los domésticos. ¿Te acuerdas? El muchacho no paraba de soltar pendejadas y a mí en particular, me tenía desquiciado.

Un silencio se acaparó del cuarto y enseguida me preocupé. Crucé los dedos para que no notaran mi presencia. ¿Qué podía estar pasando? ¿Cómo iba a solucionarse este asunto? Mi respiración acelerada fue la única respuesta que encontré a mis preguntas y cuando volví a acercar la oreja a la puerta pude escuchar algunas palabras discordantes.

—No exageres —replicó mi mamá con un notable desaire, parecía estar reflexionando ardorosamente—. Karl es un buen chico y no creo que él sea el culpable de esta situación. Puede que la culpa no sea de ninguno y que, al final, la forma que tienen de relacionarse sea la correcta.

Viendo que los comentarios de mi madre iban en contra de sus intereses, mi padre interrumpió su esfuerzo de reflexión con una exclamación tajante. Era visible que el equilibrio de su propio hogar estaba seriamente amenazado.

—Karl es un pendejo —dijo él e inmediatamente después se oyeron unos ronquidos estruendosos que representaban el punto final de este diálogo crispado y divergente.

Salí corriendo sobre la punta de los pies en dirección de mi habitación para que no me pillaran in fraganti con la oreja pegada a la puerta, y cuando me encontré tumbada en la cama, al lado de mi marido Karl que dormía profundamente, sonreí pensando en lo que había dicho mi padre. Pobre Karl, si supiera lo que pensaba su suegro de él.

Al día siguiente, me despertó un ruido exagerado de vajilla y de cuchillería meneada torpemente. El estrépito procedía de la cocina. Pensé primero que Karl se había levantado temprano para limpiar lo que no había podido hacer la víspera, como suele hacerlo en muchas ocasiones, pero al girar levemente la cabeza pude ver a mi marido durmiendo profundamente, la boca abierta y con un hilo de baba que le caía por el lado derecho. Me erguí suavemente, procurando no hacer temblar la cama, me enfundé una bata de algodón rojo y con un paso sigiloso y ligero, me dirigí hacia la cocina. El ruido aparatoso y estridente de los platos fue creciendo sorprendentemente con cada paso. Llegué a pensar que mi madre fregaba los platos furiosamente para hacerme sentir, una vez más, incómoda en mi propia casa y desubicada ante la mirada de mi marido. Mi madre era muy hábil para este tipo de maniobras pero al entrar en la cocina la sorpresa fue enorme, por no decir deslumbrante. Mi papá, el hombre tan macho y orgulloso de siempre, tan estricto e imperioso, se hallaba en frente del fregadero, con el delantal de Karl adornado de flores y de corazones, que le quedaba enorme, tratando de fregar los platos con algo de dificultad. Era visiblemente la primera vez que emprendía semejante empresa, tan remotamente alejada de sus quehaceres cotidianos, de la administración de su empresa y de la implementación de estrategias comerciales diversas. Qué espectáculo. El hombre estaba implicado voluntariosamente en la misión de su vida y se concentraba para ejecutarla con el mayor cuidado. Su éxito parecía ser una cuestión de vida o muerte porque sus ademanes estaban

todos teñidos de una nerviosa rigidez, de un temor incomprensible, y por eso producía tanto ruido. En su frente perlaban gotas de sudor que, a falta de poder secarlas, caían en sus ojos angustiados y daban la sensación de ver a un hombre lloroso, derruido ante la idea de tener que fregar los platos de una casa, de secarlos y ubicarlos luego, cuidadosamente, en el armario correspondiente.

—¿Estás bien, papá? —le pregunté preocupada.

—Sí, estoy muy bien hijita —musitó con un rostro patentemente apagado. Era obvio que temía que mi madre le escuchara—. ¿Por qué? ¿No se nota?

Decidí no añadir comentarios porque mi padre no parecía estar en su mejor momento. Miré detenidamente cómo llevaba su tarea doméstica, con una leve sonrisa socarrona, y por fin me atreví a indagar más sobre lo que había ocurrido.

—¿Qué ha pasado? —pregunté—. ¿Por qué fiegas los platos, papá?

—Nada.

—Dímelo —insistí.

Mi padre se sumergió en su actividad. Pensé que iba a ignorarme para eludir el tema pero me equivoqué. El hombre se desahogó de repente.

—Tu mamá me ha amenazado —confesó mi padre con un resoplido interminable—. Me ha dicho claramente que, si no friego los platos hasta el fin de nuestra estancia, me manda al carajo.

No pude evitar de lanzar una carcajada y enseguida, viendo la ofuscación de mi padre, traté de reprimirla llevándome la mano a la boca. Era todavía temprano y mi madre podía estar durmiendo.

—Es lo normal —expresé espontáneamente con un tono objetivo y aleccionador. Me olvidé que estaba hablando con el padre al que debía tanto respeto—. Una vida en pareja implica también algo de colaboración y un reparto de las tareas.

—¿Incluso durante mis vacaciones? —contestó él.

—Sí.

—Todo esto es la culpa de tu marido Karl —soltó agriamente mi padre. Todavía mostraba un notable resentimiento, fruto de la amenaza de su esposa y de su consecuente humillación—. Como existan más hombres como él, terminaremos al borde del precipicio, como huevones, limpiando baños y trabajando todo el santo día.

—Eso es lo que no quieren las mujeres tampoco —repliqué gravemente—. A mi marido le gusta cooperar y compartir —agregué justo después para defender a mi marido—. Quizás esto sea la clave para el futuro y para todas las demás parejas.

Un silencio invadió nuevamente la cocina y, en medio de sus quehaceres, mi padre adoptó un semblante de profundo retraimiento. El sudor que antes brillaba en su frente se había secado de repente y, consecuentemente, el hombre parecía haberse serenado.

—Quizás tengan razón, hijita —reconoció él, abriendo las manos en un gesto de conciliación—. Puede que sea conveniente un mejor reparto de las tareas —mi padre me miró con un aire afable y alegre—. Carajo. Este viaje a Europa me va a costar caro.

Fin

Barcelona, años 2008.

This document was created with Win2PDF available at <http://www.win2pdf.com>.
The unregistered version of Win2PDF is for evaluation or non-commercial use only.
This page will not be added after purchasing Win2PDF.